

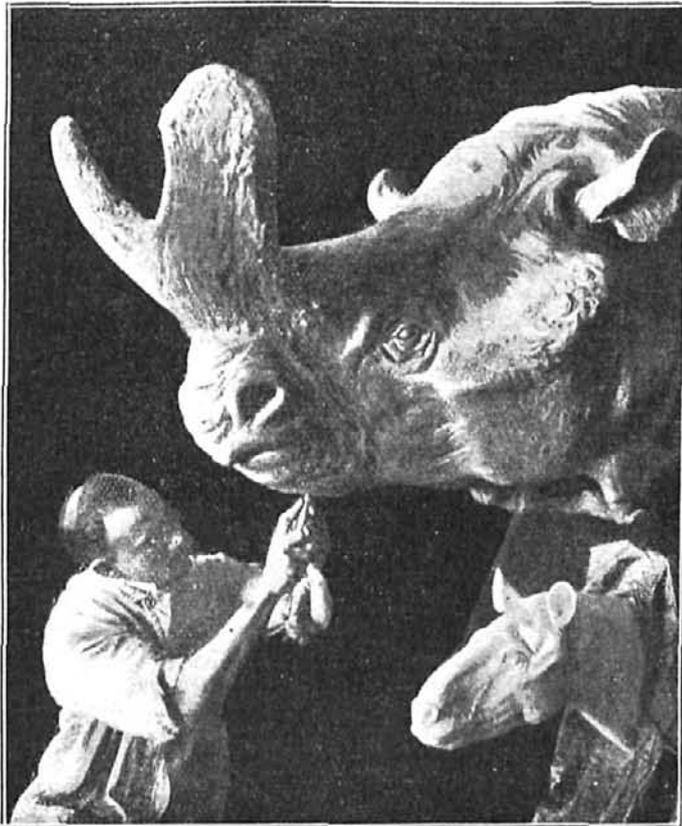
Los primeros rinocerontes.

Cualquiera á quien se le diga que el rinoceronte es un muy próximo pariente del caballo, si no es naturalista se echará á reír de muy buena gana. ¿Qué parentesco puede haber entre el pesado animalote de gruesa piel desnuda, patas cortas y deforme cabeza armada de feisimos cuernos nasales, y el gallardo corcel de finos remos, pelaje de seda y graciosos movimientos, orgullo de su jinete y héroe en el hipódromo y en el campo de batalla?

La cosa parece una paradoja, y, sin embargo, es cierta. Un poco lejano es el parentesco, pero al fin existe, y de que existe son pruebas indudables los restos fósiles que la tierra, como si fuesen misteriosos tesoros (tesoros científicos son, al fin y al cabo), oculta en sus entrañas. Entre

estos fósiles, el grupo zoológico de los rinocerontes está admirablemente representado; los hay de todos tamaños y de los tipos más variados, especialmente en los terrenos terciarios, es decir, en los que corresponden á la época que precedió á la aparición del hombre en la tierra.

De aquellos rinocerontes terciarios, los más notables fueron los titanoterios, que vivían en lo que hoy es la América del Norte. Hubo muchas especies de titanoterios, unas grandes, como elefantes, otras pequeñas, como borricos, y á través de los tiempos sus formas fueron paulatinamente modificándose, y sus cuernos creciendo, pues



RESTAURACIONES DE LAS CABEZAS DE DOS RINOCERONTES TERCARIOS

las especies más primitivas del grupo estaban privadas de ellos.

El grabado adjunto muestra las cabezas de dos titanoterios, el más antiguo que se conoce, y el que representa la forma final ó definitiva del grupo. No son cabezas naturales, claro está, sino restauraciones en barro hechas á la vista de los cráneos. Para un paleontólogo que tenga conocimientos profundos y sea á la vez algo artista, es tan fácil imaginar cómo las masas musculares debían cubrir una osamenta, como para un zapatero decir á qué forma de calzado corresponden una horma determinada. Estos modelos ó restauraciones forman parte de una colección destinada al Museo de Historia Natural de Nueva York, y se consi-

deran como verdaderas obras maestras, tanto artística como científicamente consideradas.

Ahora bien, es indiscutible la semejanza entre el titanoterio primitivo, que es el de la parte inferior, y el caballo, y es igualmente manifiesto el parecido, salvo la disposición de los cuernos, entre el otro titanoterio y el rinoceronte actual. Ambos animales, sin embargo, no son sino los extremos de una larga serie cuyos estados medios se conocen. Sustituyamos estos animales extinguidos hace tantos miles de años, por el caballo y el rinoceronte, y tendremos demostrado el parentesco de que hablábamos.



UN FENÓMENO DE LOS VENENOS

Hay ciertos venenos de origen orgánico á los cuales se acostumbra el cuerpo casi instantáneamente, y por lo tanto no ejercen su mortífero efecto, administrados en ciertas condiciones.

La inyección de medio centímetro cúbico de estos venenos en las venas de un conejo produce efectos fulminantes, pero se obtiene un resultado muy diferente si en lugar de practicar la inyección de una vez, se administran primeramente dos ó tres gotas nada más y se espera unos minutos antes de administrar el resto de la dosis tóxica.

El animal, en este último caso, no sufre ningún trastorno; se produce una inmunidad instantánea y de ahí el nombre *skeptoflaxia* (protección fulminante), propuesto para designar el fenómeno.

La sangre del animal así inmunizado es primero eminentemente tóxica, mata á los animales si se les inyecta en seguida, pero al cabo de algunas horas adquiere una acción inmunizadora.

El fenómeno se ha observado practicando inyecciones intravenosas, pero aún no se ha podido producir con inyecciones subcutáneas.